

SEÑALES EN EL VACÍO

Llevamos semanas sumidos en un desbarajuste internacional, guerra comercial se ha denominado, con efectos mundiales, y posibles consecuencias bélicas, que amenazan el horizonte mucho más de lo que parece a simple vista. Es la radicalización de los choques que EE. UU. viene teniendo, desde hace mucho tiempo, con China, disputándose la hegemonía mundial del comercio. La estabilidad económica de tantos y tantos países se vino al suelo, en una crisis mucho mayor que la ocasionada por la pandemia. Millones de familias en el mundo han entrado en zozobra ante la inminente recesión económica y sus males consecuentes. Una crisis que una vez más nos hace sentir inseguros, inermes, atemorizados ante el futuro.

Por otra parte, este domingo finaliza la cuaresma y se inicia la semana santa. Por eso, hoy se lee el relato completo de la pasión y muerte de Jesús, tomada del evangelio de Lucas. El texto comienza justo en el momento en que Jesús y sus discípulos se sientan a la mesa, y él confiesa que “ha deseado ardientemente celebrar esta pascua”, intuyendo que se avecinan acontecimientos definitivos. La lectura termina en el momento en que José de Arimatea, envuelve el cuerpo de Jesús en una sábana y lo coloca en una tumba nunca antes usada. A distancia, sus discípulos, una vez enteradas de la ubicación de su tumba, vuelven a preparar lo necesario para ungir su cuerpo, pasado el descanso obligado del sábado. El relato termina con un lúgubre tono de algo que se ha terminado definitivamente; sus discípulos y discípulas, viven estos acontecimientos como un estrepitoso final, que los llena de incertidumbre, temor y desencanto.

No nos resulta difícil entender su estado de ánimo. Conocemos estos sentimientos porque, con frecuencia, asistimos al fracaso de proyectos en los que nos habíamos empeñado con entusiasmo, o al fin de cosas que veníamos construyendo por años, o nos toca despedirnos de personas muy queridas, o entramos en confusión por cambios muy acelerados o muy lentos; con frecuencia nos sentimos inermes frente a la violencia, la mentira, el abuso, la inestabilidad, o ante una amenazante incertidumbre, como en estos tiempos.

Sin embargo, la vida posee una riqueza que siempre excede el contenido del presente, de lo visible y descifrable. En la realidad hay siempre una latencia de algo inesperado, inédito y potencial, que aún no se hace presente. Esas realidades insospechadas, por las que clamamos sin saberlo, en las que creemos y que, de algún modo, vivimos anticipadamente, son también parte de la realidad. A veces esa latencia es algo que apenas podemos reconocer y, sin embargo, representa un nítido indicio que señala poderosamente en una dirección, cual indomable núcleo de certeza.

Lo que hace posible superar los momentos difíciles de la vida es esa misteriosa energía, capaz de seguir las huellas del renacimiento, aun cuando sus rastros hayan, aparentemente, desaparecido; capaz de captar en el vacío, los tenues señales que anticipan el tiempo que volveremos a sentirnos instalados en la vida; capaz de abrirse a la promesa que garantiza esa latencia por actualizarse. En eso consiste la espiritualidad de la resurrección.

En este tiempo de hacer memoria de su pasión, Jesús nos invita a vivir nuestra propia pasión, anticipando su y nuestra resurrección, confiando en las imperceptibles huellas de una formidable certeza. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, domingo de Ramos de 2025